

La mirada de Denise

Mario Guillermo Rojas-Ortega

Mi 'amado' esposo salió de viaje. Durante su ausencia, deberé hacerme cargo de devolver todo un conglomerado de insoportables libros a la biblioteca. Siendo sincera, estar casada con un científico de partículas es siempre un dolor de cabeza. Esto, dejando de lado la soledad, es lo que más odio de su asistencia a conferencias internacionales. Sin embargo, cuando estamos juntos, las circunstancias no mejoran: no solo debo soportar a las esposas de otros científicos, sino que también debo simular que somos amigas y adoro pasar mis tardes con ellas. ¡Pensar que mientras mis primas se la pasan de lo mejor en Europa yo debo conformarme con un marido que prefiere pasar la noche subrayando artículos en lugar de dormir a mi lado!

Libros, libros y más libros. Mi sanidad mental está en peligro. Durante el desayuno, miro los interminables volúmenes por todos lados y solo deseo una cosa: que se desintegren. Quiero exterminarlos, rociarlos con un fantástico perfume que los arruine para siempre. Sin embargo, sé que esto es imposible: la bibliotecaria me extendería un cheque con varios ceros sin pensárselo demasiado. Aun a mi pesar, tendría que pagar bastantes billetes por ellos (y esto es lo último que espero). Mañana, antes de ir a la biblioteca, encenderé el televisor y permitiré que una interminable secuencia de peces anaranjados me adormezca.

Mi 'amado' esposo ha tapizado todos los muebles de nuestro apartamento con libros propios y ajenos. Por lo tanto, enfadada, pasaré toda mi primera tarde a solas hojeando cada uno de ellos para corroborar si nos pertenecen a nosotros o al departamento bibliotecario de la ciudad. Ejemplares, ejemplares y más ejemplares. En esta ocasión, no me importará si ha olvidado notas o recortes de prensa dentro de los que debo devolver. ¡Ya he tenido suficiente todos estos años! ... Si tan solo fueran novelas mi ánimo sería completamente opuesto. Podría, en todo caso, divertirme recorriendo cursilerías con la mirada... Pero son colecciones de artículos científicos, tomos de enciclopedias o clásicos de las grandes mentes del dominio. ¡Chispas! Aburrida, tomo un ejemplar más para clasificar... Creo que necesito beber una decente copa de lambrusco. La borrosidad de los sentidos es justo lo que un doctor sensato recomendaría en estos casos.

A la mañana siguiente, después de haber ido a la cama al término de una agradable cena, tomo un baño rápido, me visto con pañoleta y gabardina y, contra todo pronóstico, abordo un taxi rumbo a la biblioteca de la ciudad. El conductor trata de platicar conmigo. Su tono de voz me agrada, hablo en serio. De hecho, miro su reflejo en el retrovisor y pienso en lo fantástico que sería tenerlo como amante en un futuro cercano. El auto continúa avanzando y yo solo puedo pensar en entregar ese gran cúmulo de libros científicos que ahora mismo abrazo con tanto desapego.

Entro a la biblioteca, odiando a todo el mundo, y entrego los libros que mi 'fantástico' marido pidió prestados antes de irse de viaje. Miro los tomos en los anaqueles, pensando en el número de manos extrañas que los han acariciado, y deseo terminar con el asunto lo más rápido posible. El solo pensamiento de mirar volúmenes con las hipótesis de interminables eruditos me produce jaqueca.

Rumbo a la salida de la biblioteca, a unos pasos de atravesar las puertas giratorias, noto con desánimo un anuncio en la pizarra que llama mi atención: «Aprenda a confeccionar muñecas *kokeshi* japonesas en cómodas lecciones nocturnas». Mmm... ahora que lo pienso con cuidado, con mi marido fuera de la ciudad, las circunstancias no podrían ser mejores para integrarme a unas relajantes clases de manualidades. Después de todo, siempre he adorado todo lo relacionado con el mundo oriental: el kimono de mi madre, los poemas japoneses de mi adolescencia, la colección de muñecas *geishas* de mi abuela... Convencida, camino hacia la recepción, le sonrío con hipocresía a la bibliotecaria y me dispongo a completar las formas de inscripción.

Esa noche, mi 'adorado' esposo telefona. Me pregunta cómo estoy y, con un gran disimulo, si ya devolví los libros que no nos pertenecen. Escucho notas extrañas en su voz, como si el placer se hallara bajo las sábanas, como si otra mujer estuviera tomando mi lugar en su lejana habitación de hotel. Sosteniendo la bocina entre mi hombro y mi rostro, hago malabares para encender un cigarrillo. Despido humo en un par de ocasiones antes de responderle que devolví sus malditos libros esa misma mañana. Imagino la visión que se refleja ahora mismo en su mirada y me resigno a mi actualidad: la miseria de un matrimonio disfuncional. Cuando la llamada termina, ceno un triste emparedado, miro imágenes de muñecas *kokeshi* en las revistas que compré a mi salida de la biblioteca y respiro, emocionada, al corroborar que ya no hay más libros en el *living* o en la habitación y que he hallado un pasatiempo para distraerme.

Horas antes de que mi clase comience, hallo la motivación para maquillarme como antes. En esta ocasión, tomo nuestro auto, presiono el interruptor del garaje automático, avanzo en reversa, giro y desfilo hacia mi destino: el piso número tres del edificio de la biblioteca. Durante la primera lección, mirando las estrellas nocturnas aparecer del otro lado de los inmensos ventanales, aprendo a modelar figuras minimalistas. La profesora, una inmigrante noruega con un maravilloso pulso para matizar, es amable y considerada. Avanza por el gran estudio, tocando nuestros hombros para mirar los avances que hacemos. De manera intermitente, cuida que no nos alejemos demasiado de las grandes bombillas que nos iluminan individualmente. Usamos un inusual material sintético para formar los cuerpos de nuestras muñecas *kokeshi* de imitación. Luce como plástico, pero la señorita Erickson nos asegura que es más liviano. Al tacto, se siente como porcelana. Solidifica rápido, pero aun así puede deconstruirse nuevamente con la intervención de una secadora.

La señorita Erickson aprueba nuestros inexpressivos modelados, aumentando o reduciendo volúmenes de forma indistinta. Por lo visto, el rostro y el cuerpo estarán listos pronto. En la clase nocturna no somos más de cinco mujeres (sin contar a la profesora), todas con la misma expresión en la mirada: arrugas de aburrimiento marital alrededor de los labios y brillos de desolación amorosa en las pupilas. La señorita Erickson es, por demás, el personaje con el guardarropa más *hippie* y colorido de todas nosotras.

La clase termina minutos antes de la medianoche. Por el momento, aún faltan demasiados detalles por afinar: la pintura de las superficies, los terminados de las secciones, las minuciosas decoraciones y el toque personal de cada una. Está decidido que la saga de las muñecas *kokeshi* continuará por un par de noches más. Regreso, exhausta, a mi anteriormente feliz apartamento. ¿Quién diría que el modelado sería tan extenuante? Me desmaquillo de inmediato y ceno una taza de café, fumando un placentero cigarrillo. Aún pienso en los libros que devolví el día anterior a la biblioteca y, mirando hacia el librero de la cocina, odio cada una de las portadas modernas de los volúmenes de mi marido. Si yo fuera soltera no admitiría un solo libro en mi apartamento (sin importar el género de los textos). Sin embargo, el problema actual es fácil de definir: estoy casada con un hombre capitalista.

La clase número dos es un éxito. La señorita Erickson nos felicita a todas por nuestra combinación de colores y desarrollado sentido estético. Sin embargo, el modelado aún continúa. A medida que adornamos las maravillosas muñecas *kokeshi*, nuestros bolsos y batas de bricolaje son invadidas por el inusual material sintético de la señorita Erickson. Pintamos las superficies con pinceles distintos a los de nuestro maquillaje y, de inmediato, los cuerpos plásticos de las muñecas alteran los tonos de los tubos de pintura. Pareciera que la concentración del color se atenúa al entrar en contacto con la inusual combinación de solventes de la señorita Erickson.

Al término de la clase, de regreso a la comodidad de mi sillón preferido, tomo mi bolso y me topo con lo inesperado: el material sintético se ha adherido a un par de folletos que suelo llevar conmigo a todas partes y, sorprendentemente, ha borrado todas sus letras por completo. Los fragmentos de un texto publicitario sobre un *spa* y un nuevo tren de lujo (ambos, lugares a los que mi marido había prometido llevarme para celebrar nuestro próximo aniversario antes de su ausencia) han desaparecido. Por un momento, pienso en las películas de cine *noir* que tanto adoro y sonrío. ¿Es posible que la fórmula del material de moldeo de la señorita Erickson sea la respuesta a mi odio por los libros? Si ya desapareció las letras de un folleto no será demasiado complicado que desvanezca los contenidos de un texto científico, ¿cierto? ¡Si tengo éxito mi venganza por fin sería realizable!

Decido no irme a la cama. En lugar de eso, paso toda la noche en el laboratorio de mi 'amado' esposo, experimentando con la imposible pasta de la señorita Erickson. Mi idea no es demasiado complicada: planeo llevarla de lo sólido a lo vaporoso. Dado que el material sintético se adhiere fácilmente a cualquier superficie, olvidar los grumos dentro de los libros (con mis huellas digitales) sería mi perdición. Por lo tanto, vaporizar los misteriosos compuestos será lo ideal. Así, podría aprovechar el sistema de calefacción del edificio que alberga tanto a la biblioteca como al estudio y arruinar muchos más volúmenes en menor tiempo. La bruma avanzaría por los conductos, descendería sobre los libros ... ¡y los extinguiría para siempre! ¡Ja, ja, ja! ¡Ni siquiera la odiosa bibliotecaria lo notaría a tiempo! Ahora mismo imagino su desabrido rostro, buscando las letras perdidas de los tomos a su cargo.

Al amanecer, el sonido del teléfono me despierta. Apparently, me quedé dormida en el laboratorio en algún momento antes de las cuatro de la madrugada. Sin duda, es mi 'adorado' marido quien me llama. Nadie más, en su sano juicio, llamaría al apartamento tan temprano (mucho menos cuando es sábado). Tomo mis lentes de prisa y levanto el auricular, enfadada por mi falta de resistencia a los párpados pesados y al pensamiento nebuloso. Me llama desde su hotel para decirme que me

ama (¡cielos! ¡sus palabras siempre suenan tan cursis y empalagosas!) y confesar-me lo inevitable: su regreso tardará más de lo previsto. Trato de disimular mi alegría ante las mejores noticias que he escuchado en el último mes. A continuación, le pido que sea cuidadoso y termino la llamada en unos minutos más. ¡Está confirmado, mi plan no puede fallar!

Trabajo unas horas más en el laboratorio y, por fin, después de interminables horas de minuciosidad, logro que los grumos se conviertan en vapor. Sin embargo, esta noche, en mi tercera clase de muñecas *kokeshi*, deberé asegurarme de conseguir más material de moldeo. De ser necesario, estoy dispuesta a pagarle a la señorita Erickson por un par de milagrosos tubos. Si mis cálculos no me fallan, el número de libros en la biblioteca debe ascender a 25 000 ejemplares. Lo sé, lo sé. El final de todos esos odiados textos tomará tiempo, ¡pero la conclusión será placentera! Antes de dejar el laboratorio, y de que las dudas se agrupen en mi mente, tomo uno de nuestros volúmenes sobre física cuántica y lo rocío fugazmente con el vapor que he confeccionado. Espero unos minutos con paciencia. El sudor de la perspicacia científica recorre mi frente, tambaleo por un momento y miro... ¡Éxito! ¡Todas sus páginas están ahora en blanco!

MARIO GUILLERMO ROJAS ORTEGA. Licenciado en Lenguas con énfasis en la traducción del francés por la Universidad Autónoma del Estado de México (UAEMÉX), México. Sus intereses académicos son la traducción y crítica literarias, la relación entre literatura y política, el ensayo como medio testimonial y la historia corta como unidad narrativa.

Correo-e: rojasortegamarioguillermo@gmail.com

Recibido: 30 de junio de 2023

Aprobado: 30 de julio de 2024